

Don de Dios para la vida

Identidad carismática de la vida religiosa

*“Alégrate, llena de
gracia”¹,
así comienza
Lucas el saludo
de Dios a María.
Con ella
y como ella,
la Iglesia puede
cantar de alegría
porque Dios
derrama su gracia
en ella para que
anuncie su
presencia
y su compromiso
con la humanidad.*

A lo largo de la historia y a lo ancho de la geografía, Dios ha suscitado y sigue suscitando en el corazón humano, el deseo de plenitud de vida en comunión que Dios es y que nos ofrece. Junto a una búsqueda perenne de la trascendencia, junto a la experiencia de su presencia irreductible e inmanipulable, han surgido hombres y mujeres deseosas de totalizar su vida en Dios.

Hoy podemos dar testimonio de una gama muy amplia de personas que, desde una rica diversidad de culturas y de estilos de vida, han buscado corresponder en la historia a la gracia recibida de Dios como vida y como amor.

La vida religiosa es uno de los estilos de vida que surgen del encuentro entre el don de Dios que es amor y el ansia humana por realizarse en ese mismo amor. En este sentido, la dimensión carismática es inherente a la identidad de la vida religiosa. Al igual que como sucedió con María, la vida religiosa surge y se realiza como puro don gratuito de Dios, de ese Dios que cuenta con la humanidad y apuesta en favor de nuestra libertad.

*Hna. Georgina
Zubiría, rscj*

¹ Lc 1, 28.

I. La esencia de nuestra identidad carismática

1. La vida religiosa, un carisma que es encuentro fecundo

“La vida consagrada, enraizada profundamente en los ejemplos y enseñanzas de Cristo, el Señor, es un don de Dios Padre a su Iglesia por medio del Espíritu.”² Con gozo agradecido confesamos que la vida religiosa es un carisma, una gracia eficaz, un don gratuito y amoroso de Dios para la vida de la Iglesia y, desde ella, para la vida de la humanidad.

Este don de Dios se manifiesta históricamente a través de personas y comunidades que buscan vivir el Evangelio de Jesús y lo quieren ofrecer al mundo como alternativa de vida.

Una mirada sobre la historia de la vida religiosa y sobre las personas que la han ido creando y re-creando nos permite constatar que el carisma surge del encuentro fecundo entre la experiencia de Dios y la experiencia de la realidad; por tanto, ya desde el origen, encontramos inseparablemente unidas la mística y la política. El carisma va creciendo y madurando en el diálogo dinámico entre sabiduría y profecía.

Tanto en los diversos estilos de vida religiosa (monacales, mendicantes, apostólicos...) cuanto en la diversidad

de carismas de fundadores y fundadoras podemos descubrir en el origen una profunda experiencia de Dios y, generalmente, una dolorosa experiencia de la realidad que clama por ser transformada.

Así subrayamos que el ser humano ha sido creado con una apertura radical a la trascendencia. El silencio y la vida interior son, entonces, una condición de posibilidad para acoger el don de Dios como amor y como invitación a totalizar la vida en su voluntad, en su proyecto de vida para la humanidad y la creación entera.

Por otra parte constatamos que, en tanto humanas, las personas no solamente somos parte de una historia sino que la historia, a la vez que nos configura, puede ser configurada y alterada por nuestra incidencia en ella. Fundadoras y fundadores de muchas congregaciones han sentido arder sus entrañas por el sufrimiento de la humanidad, sufrimiento que ha tenido diferentes expresiones históricas. Así ellas y ellos han alimentado su pasión por la vida y se han comprometido en la transformación de la historia para re-crearla de acuerdo al querer de Dios.

En la fusión de la experiencia de Dios y la experiencia de la realidad, en el encuentro del deseo de filiación y el anhelo de fraternidad/sororidad, los seres humanos podemos realizarnos como personas libres, con un proyecto de vida elegido como vocación y aco-

² *Vita Consecrata*, 1

gido como gracia. Es aquí donde el anhelo humano de plenitud y radicalidad encuentra su raíz y su sentido. De manera consciente o inconsciente, las religiosas y los religiosos también encontramos la posibilidad de realización personal en la opción que hacemos en favor de un estilo de vivir y de unos cauces que lo faciliten.

Apertura a la trascendencia, responsabilidad histórica y legítima aspiración a la realización personal en hondura, verdad y radicalidad se encuentran, se fecundan y se alimentan entre sí para dar forma histórica a la identidad carismática de la vida religiosa.

2. ¿Crisis de identidad?

“El fuego en estas cenizas”, “Luchando con Dios. La vida religiosa en busca de su alma”, “Rehacer la vida religiosa”, éstos son los títulos de algunos libros que recientemente se han escrito sobre vida religiosa; también hablamos de “refundación” y de “renacer”. Detrás de estas metáforas descubrimos una sana insatisfacción ante la realidad actual de la vida religiosa; desde ella nos preguntamos, no sin dolor, si nuestra identidad está en crisis.

Es evidente que vivimos en un tiempo de profundas transformaciones y que ya es común hablar de un cam-

bio de época. Junto a este hecho, que implica y que trasciende a la vida religiosa, constatamos también que las religiosas y los religiosos heredamos formas, estructuras y tradiciones de los diversos modelos que han existido a lo largo de la historia. La renovación promovida por el Concilio Vaticano II nos parece que, por diversos motivos no siempre internos a la vida religiosa, ha sido insuficiente. Percibimos que permanece la pregunta sobre lo esencial aunque, creemos, eso esencial no es exclusivo de ella.

Si consideramos lo expuesto en el inciso anterior, la pregunta sobre la identidad carismática puede traducirse con ayuda de las tres vertientes que Leonardo Boff gusta de incorporar en la experiencia de Dios: trascendencia, transparencia e inmanencia.³ Creemos que estas tres vertientes recogen de manera muy integradora las dimensiones mística y profética de la experiencia religiosa.

De aquí que la pregunta por la identidad carismática de la vida religiosa puede abordarse desde diferentes ángulos:

- a. En primer lugar podemos preguntar, a nivel individual y corporativo, por la profundidad y autenticidad de la experiencia de Dios. Sabemos que no se trata de cualquier Dios sino del Dios de Jesús, del Dios de María que ofrece y quiere la vida para todas sus

³ Cf. BOFF, L., *La experiencia de Dios*. CLAR, 1977.

criaturas, Dios que cuenta con cauces humanos para mostrar toda su misericordia en la historia. Se trata de Dios inmanipulable que no elimina la responsabilidad personal, ni el sufrimiento, ni el conflicto pero que los acompaña y los fecunda imprimiéndoles trascendencia desde ésta, nuestra historia.

- b. En segundo lugar podemos preguntar, a nivel individual y corporativo, por la experiencia de la realidad. Es indispensable, sin embargo, que preguntemos por esa experiencia desde el lugar social en que la experimentó María y en el que Jesús vivió. Es decir que la pregunta por la experiencia de la realidad debe hacerse desde abajo, desde lo marginal, dejándonos afectar por aquéllos y aquéllas cuya vida está más amenazada. Esto porque es precisamente en medio de la dureza de lo real donde la vida religiosa está llamada a ser transparencia de Dios, a la manera de Jesús.

*Dios nos habita
como impulso y como aliento
de vida, de esta vida que
tenemos y que ansía
intensamente
la felicidad.*

- c. En tercer lugar podemos preguntar, a nivel individual y corporativo, por la experiencia humana que busca realizarse en plenitud. Dios nos habita como impulso y como aliento de vida, de esta vida que tenemos y que ansía intensamente la felicidad. Felicidad que es compartida, común y universal o es tan sólo un fragmento de felicidad que todavía sigue buscando. El Espíritu Santo, Dios inmanente, Dios presente en la vida, impide que nos engañemos con felicidades vanas, parciales o limitadas. Dios inmanente, a la vez que nos hace conscientes de nuestra insatisfacción, nos impulsa hacia una mayor radicalidad: “No apaguen la fuerza del Espíritu; no menosprecien los dones proféticos. Examínenlo todo y quédense con lo bueno.”⁴

II. Elementos constitutivos del carisma

1. La vida religiosa, un carisma que es misión

“Darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús”⁵. María recibe de Dios una misión que dará sentido y orientación a toda su vida.

Como María que en absoluta luz de la renuncia⁶ acoge y elige la misión que Dios le confía, la vida reli-

⁴ Cf. 1Tes 5,19-21

⁵ Cf. Lc 1,34

⁶ Cf. “...no tengo relaciones con ningún hombre...” (Lc 1,34)

giosa en cuanto a gracia eficaz es también misión recibida. Misión comprendida como encargo de Dios que totaliza la vida. Aquí no se trata de un servicio específico ni, mucho menos, de una función social. Se trata de una pasión, de una encomienda que implica disposición a gastar toda la vida en realizarla.

La misión carismática de la vida religiosa implica asumir como propios los deseos y las preocupaciones de Dios. Y sabemos, por Jesús, que Dios quiere la vida y vida en abundancia⁷ para todas sus criaturas. De aquí que acoger la vida religiosa como carisma implica recibir un sentido para la vida, un encargo que orientará todas nuestras intenciones, nuestras acciones y decisiones. En definitiva, supone recibir una misión.

Así como en María se encarnó Dios, así también la vida religiosa está llamada a dar a luz a Dios en las diversas circunstancias históricas, de manera particular en aquellas en las que la vida está más amenazada.

Desde la fe confesamos que el Hijo de Dios se hizo humanidad desde la humanidad de María y que ella le aportó, además de su sangre y de su carne, un contexto histórico, un lugar social y unas tradiciones religiosas que marcaron toda su vida. De igual manera los religiosos y las religiosas recibimos la misión de encarnar a Dios, su amor por la humanidad, los deseos de su cora-

zón, sus preocupaciones y sus opciones en los diversos contextos en los que hoy nos toca vivir.

Esta misión recibida nos remite nuevamente a las dimensiones mística y profética del carisma religioso y nos obliga a mantenernos en relación amorosa y apasionada con Dios, con la humanidad y con la propia verdad que, aunque finita y frágil, es espacio en el que Dios sigue pronunciando su palabra, palabra eficaz, palabra performativa porque hace lo que dice.

2. La vida religiosa, un carisma que es espiritualidad

La conciencia que tenía María de su fragilidad y su carencia la llevó a preguntar: “¿Cómo será eso si no tengo relaciones con ningún hombre?”⁸ María concibió al Hijo de Dios por la fuerza creadora del Espíritu y por el poder del Altísimo que quiso abajarse hasta el límite de los crucificados y las crucificadas de la historia.

Hoy, después de veinte siglos de lo acontecido en Nazaret y contando con una cadena de hombres y mujeres que nos han precedido en la experiencia fecunda del Espíritu, Dios sigue viniendo en ayuda de nuestra fragilidad, nos fortalece y nos enriquece con el don de su Espíritu que derrama como amor en el corazón y en las comunidades humanas.

⁷ Jn 10,10

Por eso la identidad carismática de la vida religiosa viene acompañada de una espiritualidad irrenunciable. El Espíritu Santo, fruto del amor entre Dios Padre-Madre y el Hijo, se nos sigue dando para mantener fecundo el vínculo entre la trascendencia y la historia, lo humano y lo divino, el tiempo presente y el escatológico.

En la historia de la vida religiosa constatamos la riqueza inigualable de la creatividad del Espíritu que busca la vida en cualquier circunstancia. Confesamos que la Ruáh ha suscitado espiritualidades ricas de amor, de relación, de servicio. Así, cada instituto religioso da testimonio de su espiritualidad: Carmelitana, Benedictina, Ignaciana, Teresiana, Franciscana, Dominica, Ursulina... o, más fundadamente, de una espiritualidad trinitaria, cristológica o mariana. Sin embargo, ninguna congregación puede apropiarse de ella, pues, siendo como es don del Espíritu, la espiritualidad es don de Dios para la vida de la Iglesia y para la vida de la humanidad entera.

3. La vida religiosa, un carisma que se hace servicio

Finalmente, la identidad carismática de la vida religiosa supone el testimonio del don recibido a través de un servicio concreto que responda a las urgencias del momento histórico.

Es de lamentar que, debido a que el servicio es lo que se ve y el testimonio palpable de la misión y la espiritua-

lidad, en no pocas ocasiones se le ha identificado con el carisma en perjuicio de uno y de otro. Por un lado, se priva al carisma de su fuente y horizonte misionero así como de su espiritualidad. Por otro lado, al absolutizar el servicio, se le esclerotiza en obras e instituciones y las hace incuestionables, a tal punto que bloquea la escucha de los signos de los tiempos y la capacidad de acoger y ofrecer servicios nuevos ante nuevas realidades y ante los clamores que generan la injusticia y la marginación en nuestro mundo.

Mientras que la misión y la espiritualidad permanecen y se enriquecen con el paso del tiempo y de las generaciones, los servicios tienen que ir cambiando y adecuándose para responder en fidelidad al carisma recibido.

El cambio en los servicios que presta la vida religiosa en favor de la vida implica riesgo, creatividad y libertad frente a lo establecido. Sólo así se actualiza la misión como fuente de sentido y horizonte de vida; sólo así se verifican la hondura y la eficacia de la espiritualidad.

4. La vida religiosa puede ser Buena Noticia

La misión y la espiritualidad, la profecía y la sabiduría, la política y la mística son binomios que, mirados y vividos desde el Evangelio, pueden ser expresión actualizada del Reino de Dios y del Dios del Reino.

Los gestos y las palabras, los signos

y las relaciones que Jesús vivió en nombre de Dios son expresiones concretas del acontecer del Reino, del surgimiento de la vida y de la denuncia de todo lo que la mata.

La relación de Jesús con su abba –Madre-Padre-Dios-, sus tiempos y espacios de encuentro con la fuente, el horizonte y el sentido de su vida, y su libertad para proclamar que todo su ser y su hacer son manifestación de la gloria de Dios, expresan la manera de Jesús de totalizar su vida en Dios.

Vivir para que el Reino de Dios acontezca, gastar la vida en nombre del Dios del reino son, entonces, elementos constitutivos e inseparables de la identidad carismática.

El servicio que cada instituto está posibilitado y llamado a realizar, busca ser testimonio viviente de Dios en quien creemos como único absoluto.

Cuando así lo experimentemos, no sólo dejaremos de inquietarnos por aclarar qué es lo específico de la vida religiosa sino que también celebraremos que el testimonio de otras personas, desde su propio estilo de vida, apesure el acontecer del Reino de Dios en nuestra historia.

Pero no olvidemos que, en cuanto carismática, la identidad mística y profética que acompaña a una vida entregada por Dios y por su reinado,

es don. Pidámoslo con insistencia y gastemos con generosidad nuestra vida en ello para plenificarla.

III. La vida religiosa, un carisma para la vida

“Aquí está la esclava del Señor, que se haga en mí como has dicho.”⁹ Esta fue la respuesta de María a la palabra creadora de Dios y a la fuerza fecundante del Espíritu. Junto con María, las religiosas y los religiosos podemos responder al carisma recibido y cantar con ella toda la dicha del Magnificat porque Dios quiere hacer de nosotras y nosotros, un cauce humano e histórico de su misericordia.

Decir con María: “aquí está la esclava del Señor” es decir que sólo a Dios le damos poder sobre nuestras vidas y, con ella, sobre nuestra misión.

*El Espíritu Santo,
fruto del amor entre
Dios Padre-Madre y el Hijo,
se nos sigue dando
para mantener fecundo
el vínculo entre la trascendencia
y la historia, lo humano y lo divino,
el tiempo presente y el escatológico.*

⁸ Cf. Lc 1,34

Poder que sabemos es para la vida y nunca contra ella. Poder que es palabra creadora capaz de hacer nuevas todas las cosas.

Decir con María: “que se haga en mí como has dicho”, es disponernos a escuchar lo que Dios sigue diciendo en nuestra historia, es capacidad lúcida para dejarnos conmover con aquéllos y aquéllas con quienes Dios se conmueve. Es apasionarnos con Dios en su pasión por una humanidad viva.

La identidad carismática de la vida religiosa, en cuanto don recibido libremente por cada persona individual y corporativa, viene acompañada de un realismo confiado. De esa confianza que nace de la certeza en la iniciativa amorosa de Dios que nos impulsa y anima a gastar la vida en favor de las mayorías que, como Jesús, son marginadas y crucificadas injustamente. De ese realismo que surge de la experiencia cotidiana que nos dice que anunciar la vida y denunciar la muerte resulta incómodo, perturbador, conflictivo.

“Me felicitarán todas las generaciones”¹⁰ le dijo María a Isabel en su entrañable encuentro porque, en ella y a través de ella, Dios muestra su proyecto, sus opciones, su querer.

De igual manera, con María y como ella, la vida religiosa puede cantar humildemente su alabanza a Dios siempre y cuando acoja su gracia

- Para amar y estar con el pueblo que ha sido empobrecido y que muere de hambre porque se le ha despojado de la tierra que le pertenece.
- Para gastar la vida colaborando en la construcción de la paz.
- Para padecer con los perseguidos por trabajar en favor de la justicia.
- Para anunciar con la vida que otros mundos son posibles.
- Para alegrarnos cuando nos critiquen y nos insulten por nuestra respuesta fiel a la causa y al don de Dios.

⁹ Lc 1,38

¹⁰ Lc 1,48